

Mar Evangelio del día

1
Oct
2019

Vigésimo sexta semana del Tiempo Ordinario

Hoy celebramos: Santa Teresa del Niño Jesús (1 de Octubre)

“Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños...”

Primera lectura

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a los Corintios 10, 17--11, 2

Hermanos:

El que se gloria que se gloríe en el Señor, porque no está aprobado el que se recomienda él solo, sino el que está recomendado por el Señor. Ojalá me toleraseis unos cuantos desvaríos; bueno, ya sé que me los toleráis. Tengo celos de vosotros, los celos de Dios; quise desposaros con un solo marido, presentándoos a Cristo como una virgen intacta.

Salmo de hoy

Salmo responsorial Sal 130, 1. 2. 3 R/. "Guarda mi alma en la paz, junto a ti, Señor"

Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas que superan mi capacidad.

Sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.

Espere Israel en el Señor ahora y por siempre.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san mateo 18, 1-4

En aquel momento, se acercaron los discípulos a Jesús y le preguntaron:

- ¿Quién es el más importante en el reino de los cielos?

Él llamó a un niño, lo puso en medio y dijo:

- Os aseguro que, si no volvéis a ser como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Por tanto, el que se haga pequeño como este niño, ése es el más grande en el reino de los cielos.

Reflexión del Evangelio de hoy

El que se gloríe, gloríese en el Señor

Nos habla la carta del Apóstol San Pablo de la gloria que debemos de buscar los creyentes o de aquello que debe ser para nosotros motivo de honra, y nos lo deja bien claro. Es Cristo, nuestro Señor, el motivo de nuestra gloria. Su vida, muerte y resurrección, su venida al mundo es el regocijo mayor que puede tener el cristiano y la humanidad abocada toda ella a ser recopilada y llevada al trono de Dios Creador.

Con la fiesta litúrgica de la gran Teresita del Niño Jesús, se pone todo esto de manifiesto. Mujer que vivió sola para Dios, sin dejar un momento de mirar al mundo, el dolor y las alegrías de hombres y mujeres, sintiéndolos como hermanos amados igual que su pequeño ser por Dios.

Debemos de tener en nuestro compromiso cristiano un gran ardor apostólico, un deseo ardiente de que todos conozcan, se enamoren de Jesucristo y su proyecto del reino. El celo por la salvación de las almas es propio de todos los santos, que cada uno realizando su vocación en plenitud han tenido en su vida el único deseo de atraer a los hermanos hacia Dios, de testimoniar al Dios por ellos experimentado y amado. Así lo hizo Teresita del niño Jesús, que desde el claustro de su monasterio con su oración silente y desde su entrega diaria hizo posible este misterio que la oración y el deseo de Dios hacen posible. Dejemos arder también nosotros en nuestro interior este celo por Dios y por la humanidad. Que esta sea nuestra gloria como fue la de San Pablo, la de Santa Teresita de Jesús y la de tantos hombres y mujeres a lo largo de la historia. Deseo apostólico, deseo misionero.

Cuidado con despreciar a uno de estos pequeños...

Los discípulos siempre tan preocupados por quién es el más importante, quien tiene más poder, quién es más de cualquier modo. A veces al leer algunos pasajes evangélicos, nos puede dar que pensar que era lo que les importaba realmente al seguir a Jesús; ¿el reino de cielos por Jesús predicado e inaugurado, o el ansia de poder?

Nos puede chocar esta actitud pero no extrañar, ya que es el poder, la fama, el ser importante, lo que junto con el dinero ha movido y mueve el corazón del hombre. Debemos de estar continuamente mirando en profundidad las motivaciones que nos llevan a hacer esto o aquello, ya que es tremendamente fácil y tremendamente sutil caer en querer ser dioses de forma velada, pero real.

Jesús pone de ejemplo a un niño, y nos pone en guardia ante el deseo de ser importante o más que otros. El evangelio de hoy también pone el acento en un tema que nuestro santo Padre Francisco acude una y otra vez, y es el de despreciar, o en el lenguaje del Papa, "el descarte". Dice el texto "cuidado con despreciar..."

Despreciar, excluir, no tomar en cuenta, ignorar; son actitudes muy poco evangélicas, y que por lo tanto, deben de estar lejos del corazón del creyente y del seguidor de Cristo.

Debemos de estar atentos a los sentimientos y actitudes que se hacen hueco en nosotros, debemos de evangelizar nuestros sentidos, los latidos de nuestro corazón, para que vayan conformándose con el pasar de la vida a los latidos y a los sentimientos del Cristo-Jesús. El hombre-Dios que vino a salvar a todos los hombres, el que nos enseñó con palabras y obras que todos los hombres caben en el corazón del Padre Dios.

Que el ser como niños para nosotros entrañe el deseo de confiar en Dios y de acoger sin mirar al extraño (el domingo pasado se celebró en España la jornada por el migrante) ya que nosotros mismos somos extranjeros en este mundo y nuestro corazón tan solo encontrará consuelo y nuestras vidas sentido si hacemos más humana la humanidad, más divinas nuestras vidas, o lo que es lo mismo; más de Dios nuestro corazón, a ejemplo y con la intercesión de Santa Teresita del Niño Jesús.



Monasterio Sta. María la Real - MM. Dominicas
Bormujos (Sevilla)

Santa Teresa del Niño Jesús

Biografía

Teresa Martin nace el 2 de enero de 1873 en Alençon, una pequeña población de Normandía. Es la novena hija del matrimonio que forman Luis Martin y Celia Guerin. La pequeña es recibida con alegría en un hogar que había sido castigado con la muerte de cuatro de sus hijos, dos de los cuales eran varones. Luis y Celia suspiraban por un niño que llegara a ser sacerdote, pero acogen el regalo que Dios les hace en la pequeña Teresa.

La infancia de nuestra santa transcurre entre la alegría y el amor que le procuran sus padres y las cuatro hermanas mayores (Paulina, María, Leonia y Celina) y el dolor que la muerte siembra en su hogar cuando la madre, Celia, muere de cáncer el 28 de agosto de 1877. Toda la familia se traslada entonces a Lisieux, donde existe un Carmelo femenino al que pronto comenzarán a volar las hijas del buen Luis Martin, quien, con generosidad heroica, entrega a sus dos hijas mayores para que sigan los pasos de Teresa de Jesús en la clausura carmelitana de Lisieux.

El año 1887, con sólo 15 años, Teresa hace a su padre una osada petición: ella también quiere ser carmelita. A pesar de su corta edad, Luis Martin, que conoce la piedad y el amor a Cristo que embellecen la vida de su reneceita —como gustaba llamarla—, no sólo no se opone a su decisión, sino que la apoya decididamente, acompañándola en una peregrinación a Roma para obtener un permiso especial del papa León XIII. A pesar de las habladurías que llenan todo Lisieux, acusando a las monjas de querer a la niña como juguete particular de un Carmelo en el que ya vivían dos de sus hermanas, el obispo de Bayeux-Lisieux accede al ingreso de Teresa el 9 de abril de 1888.

Poco después, la vida de Luis Martin se convierte en un calvario por causa de varias congestiones cerebrales que le llevan a la demencia. Atendido por Celina y Leonia, muere en 1894. Teresa le dedica su Plegaria de la hija de un santo.

Mientras, en el Carmelo, Teresa afirma haber encontrado la vida religiosa tal y como se la imaginó. La pobreza material no le asusta. Tampoco la pobreza espiritual y mental de algunas de sus hermanas, que hacen insufrible la vida de comunidad. A todas trata Teresa con el mismo amor y respeto, desempeñando pacientemente todos los oficios que se le encargan en la comunidad desde su profesión en 1890.

Desde 1893 Teresa es encargada de las novicias. Recae sobre ella la responsabilidad de educar a las jóvenes que van entrando en la vida carmelitana, a pesar de que sólo cuenta 20 años. En 1895 comienza a redactar los primeros recuerdos de su vida por mandato de la madre Inés de Jesús, nombre en religión de su hermana Paulina.

En 1896, la noche (del Jueves al Viernes Santo, Teresa sufre una hemoptisis; es el preludio de la dolencia —tuberculosis— que le llevará a la muerte. Continúa, pese a la enfermedad, con sus trabajos, sigue recopilando sus recuerdos y escribe algunos poemas. A principios de abril de 1897, la afección se revela en toda su crudeza y en agosto recibe la última comunión. Su hermana Paulina, madre Inés, va recogiendo las últimas palabras de la santa. El 30 de septiembre de 1897, a las 19:20, muere Teresa Martin exclamando: ¡Oh, le amo, Dios mío, os amo!

Una espiritualidad evangélica

Sor Teresa del Niño Jesús y la Santa Faz **fue una religiosa** poco menos que ordinaria para muchas de las hermanas que convivían con ella. Sin embargo, los designios de la Providencia harían de ella una de las santas más conocidas en la historia de la Iglesia. Poco después de su muerte, a raíz de la publicación de los recuerdos que de su vida había consignado ella misma en tres manuscritos, se desató en torno a Teresa un auténtico huracán de gloria: su Historia de un alma, se convirtió muy pronto en un clásico de la literatura espiritual, traducido a numerosos idiomas, y al Carmelo empezaron a llegar miles de cartas de Francia, Europa y el mundo entero narrando incontables apariciones e intervenciones milagrosas de la santa (en 1918 se recibía una media de 500 cartas al día).

Lisieux era en **un intenso foco de irradiación** de la doctrina de Santa Teresita, a través de la difusión de su biografía, a cargo de su hermana Paulina (madre Inés), y la producción de retratos y estampas que realizaba otra de sus hermanas: Celina (sor Genoveva). En un espacio de tiempo relativamente breve, la espiritualidad de Teresa había calado hondo en la Iglesia y la devoción popular era muy intensa.

Fue **beatificada en abril de 1923**; sólo dos años más tarde llegaría su canonización. Hoy, además de mantener una fuerte devoción popular, la teología sigue apreciando los contenidos de su doctrina y eminentes teólogos han dedicado estudios a su espiritualidad o la citan con profusión en sus trabajos, pues la contemplan como último pico de una cordillera mística que, arrancando en Ignacio de Antioquía y Gregorio de Nisa, corre por la historia en los nombres de Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, etc. (E. Biser). Así, parece que Teresa ha salido de la plaza para subir a un areópago reservado a elites.

Los acercamientos rigurosos y actuales a la espiritualidad teresiana resaltan hoy como su mayor valor el de ser **una doctrina rigurosamente evangélica**. Desde los escritos y la vida de Teresa se puede, sin duda, volver al Evangelio. Su aventura espiritual arranca del descubrimiento de un amor primero de Dios sobre su vida. Para Teresa, lo divino es esencialmente presencia paterna —diríamos materna— que se manifiesta como ternura y misericordia.

Este hallazgo no es para ella fruto de un golpe de conversión, sino corona de un proceso interior apasionante desarrollado entre 1889 —un año después de su entrada en el Carmelo— y culminado hacia 1895, en un entorno especialmente agresivo. El ambiente espiritual, en el que se desarrolla la vida de nuestra santa, es absolutamente chocante: la piedad de aquella época se definía esencialmente por la reparación.

Se concebía a Dios como un ser herido por el desprecio del hombre: el auge del ateísmo, el rechazo del catolicismo, la postergación temporal del papa, el liberalismo... Estos y otros cánceres corrompen la vida del hombre y le apartan de un Dios lleno de ira hacia quien de tal modo le rechaza. Esto era especialmente grave en Francia, con sus antecedentes de jansenismo, donde a los católicos parecía increíble que la hija predilecta de Roma volviera la espalda, de un modo tan evidente, a los valores en torno a los cuales se había articulado históricamente como nación.

La respuesta de Teresa fue en aquel momento reivindicación del auténtico rostro de Dios y puede serlo también ahora, cuando la experiencia pastoral nos informa de la pervivencia de una imagen de lo divino como justicia vindicativa que constriñe la vida de los fieles hasta sus aspectos más íntimos. Podemos recuperar para el caudal de la espiritualidad cristiana una imagen de Dios absolutamente evangélica, que imprime en la vida de Teresa **un doble movimiento liberador** del que está necesitada nuestra Iglesia: de una parte, en su relación personal con el Padre, confianza en la misericordia absoluta; de otra, en las relaciones con los demás, compasión y ternura sin límites, comprensión para todas las faltas que ha sido aprendida en la escuela de la misericordia divina, y pequeños gestos de amor que refrescan la vida en el plano de las relaciones interpersonales.

Emilio Martínez O.C.D